

# NOSOTROS LOS HISTORICIDAS

*Ana Lydia Vega*

### Resumen

Una escritora reflexiona con humor sobre la incierta relación y la porosa frontera entre la ficción y la historia. Un breve recorrido por las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta destaca los mitos ideológicos de la educación colonial en Puerto Rico durante la Guerra Fría. Simultáneamente, se explora la persistente obsesión literaria con el descubrimiento de un pasado sujeto a la censura política. Mediante experiencias vividas antes y después de la publicación de su libro *Falsas crónicas del sur*, la autora aborda los complejos –y a veces paradójicos– procesos de creación y recepción que enmarcan la narrativa de inspiración histórica.

**Palabras clave:** historia, ficción, narrativa puertorriqueña, Puerto Rico, política puertorriqueña

### Abstract

A writer reflects with humor on the uneasy relationship and blurry frontiers between fiction and history. A brief survey of the Nineteen-fifties, sixties, and seventies in Puerto Rico highlights the ideological myths of colonial education under the Cold War mindset. The persistent literary obsession with the discovery of a politically censored past is simultaneously explored. Through lively anecdotes set before and after the publication of her book *Falsas crónicas del sur*, the author tackles the complex and sometimes paradoxical processes of creation and reception of historical fiction.

**Keywords:** history, fiction, Puerto Rican narrative, Puerto Rico, Puerto Rican politic

## NOSOTROS LOS HISTORICIDAS\*

Ana Lydia Vega

Esto empieza con la inevitable cita inspiradora.

Rememorando su crianza hogareña y su educación escolar, dice Magali García Ramis, autora de *Felices días, tío Sergio*: “Como nunca me dijeron que teníamos historia ni cultura, me siento como si nos hubieran estado engañando. Un poco lo que les pasa a los hijos adoptivos a quienes no les dijeron que sus padres no eran los naturales hasta los cuarenta años”.

Como Magali, yo también fui una *baby-boomer* de la pos-guerra, uno de aquellos cachetones bebés *Carnation* del Estado Libre Asociado (ELA). En los años cincuenta, década de nuestra escolarización primaria, la obertura triunfal de la Operación Manos a la Obra acaparaba los diez primeros lugares del *hit-parade* isleño. Y todo el mundo, mal que bien, la cantaba aunque fuera en *playback*, excepto, claro, los que habían tenido que treparse en “la Tranca” para emigrar a los Niuyores o los que tenían trinca la mandíbula por obra y gracia de “la Mordaza”. “Cual bandada de palomas”, los infantes muñocistas marchamos a los acordes de una Borinqueña descafeinada hacia los salones donde seríamos debidamente alfabetizados en el credo de la Gran Familia Puertorriqueña y vacunados contra un virus más temible entonces que hoy día el del Sida: el virus de la disidencia.

---

\* Este ensayo figura en el libro de Ana Lydia Vega *Esperando a Loló y otros delirios generacionales*, publicado por la Editorial de la Universidad de Puerto Rico en 1994. También fue incluido en la antología *Historia y literatura*, publicada por Editorial Postdata en 1995.

Desde el primer grado de escuela elemental hasta el cuarto año de universidad, la única versión de la historia puertorriqueña que escuchamos fue, por supuesto, una totalmente inodora, incolora y aséptica. Aparte del disco rayado de Colón y Ponce de León y la larga letanía de los superaburridos gobernadores españoles, apenas se tocaba otro tema. La “vida y milagros” de Juan del Pueblo no cualificaba todavía para protagonizar manuales de historia. Y menos aún la de doña Juana. En cuanto a nuestros venerables antepasados multiculturales (léase taínos y africanos), mientras menos se hablara de ellos, mejor. Para no herir sensibilidades ni entrar en cuestiones demasiado polémicas –como el recién reprimido movimiento nacionalista– los cursos se detenían muy prudentemente en el 1898. ¿Y para qué leer un periódico de ayer? parecían decirnos nuestros maestros con aquel diplomático pero no menos impenetrable silencio. ¡Si lo importante era saber que los americanos habían creado el mundo en siete días (sin descansar el domingo); si la verdadera historia del país había empezado en 1952, D.M (Después de Muñoz), el año inolvidable del *Big Bang* Popular; si la estábamos protagonizando envidiablemente nosotros mismos, los maniqués gordos y coloraos de la irrompible Vitrina del Caribe!

Por eso, muchos años más tarde, cuando vinimos a descubrir que nos habían condenado a un eterno y anodino presente, que nadie había tenido nunca la decencia de soplarnos que éramos, a pesar de todo, adoptados, nos enfogonamos. Nos dio con oír maullar de noche al gato encerrado. Y, para bien o para mal, nos quedamos con esa manía de querer rescatar, a lo *Indiana Jones*, el Santo Grial de la Historia secuestrado por los infieles, de querer arrancarle al olvido los nombres mágicos e irremplazables de nuestros verdaderos padres.

Así surgió tal vez esa vocación de historiadores frustrados que tortura a algunos escritores de mi generación. Al calor de los destapes setentistas, bajo las influencias capitales de la Revolución Cubana, la Guerra de Vietnam, los movimientos de liberación femenina, negra y *gay* y el entonces nuevo y vigoroso independentismo socialista universitario, el gran vacío histórico de nuestra formación se nos hizo totalmente evidente. Y totalmente insoportable. Porque se trataba casi de una crisis existencial. Nunca antes nos había resulta-

do tan clara la conexión entre lo personal y lo político. Para poder ser gente, para existir como individuos y poder insertarnos en algún punto de la experiencia humana, íbamos a tener que hacer un indispensable vuelo de reconocimiento en la máquina del tiempo, íbamos a tener que convertirnos en detectives aficionados y salir, a como diera lugar, tras la pista del pasado. De un pasado por lo menos revoltoso, si no glorioso; de un pasado un poco más interesante, un poco menos aplastante, en el que figuráramos, aunque fuera como extras, nosotros mismos.

Proyecto muy pretencioso para un escritor, dirán ustedes con toda la razón. Pretensión que debió habernos conducido a las puertas del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades o, por lo menos, al bullanguero *lobby* de Ciencias Sociales. Sin embargo, por alguna misteriosa razón, no fue así. ¿Qué sería lo que nos alejó de tan heroico destino? ¿Sería acaso nuestro amor incondicional del mito, nuestra irremediable adicción al mundo de los sueños o nuestra fiel devoción a la palabrería? ¿O sería el oscuro presentimiento de que para poder conseguir un papelito, aunque fuera secundario, en el guión de la historia, íbamos a tener, tarde o temprano, que inventárnoslo? Admito que, en definitiva, no sé. La cosa es que caímos irremediablemente en garras de la literatura y tuvimos a la larga que canalizar aquella fijación edipal con el *closet*, aquella galopante e insaciable pasión de historia, a través de la ficción.

Pero los caminos siempre se cruzan en algún punto. Por eso, a nadie deben sorprender las obvias coincidencias entre la historiografía y la narrativa puertorriqueñas de hoy. Después de todo, historiadores y escritores hemos vivido unas experiencias similares que, comenzando con la era de la mordaza, pasando por el sopetazo eléctrico del romerato y culminando en el *boom* universitario de los setenta, tal vez produjeron en nosotros algo así como un proyecto común. Lo cierto es que los narradores compartimos con los historiadores *bona fide* contemporáneos mucha curiosidad, bastante sospecha y un cierto fervor misionero. Las importantísimas investigaciones de la nueva historiografía puertorriqueña, por otra parte, han nutrido y alentado las nuestras, sirviendo muchas veces de inspiración, fundamento y justificación a

nuestras edificaciones imaginarias. Picó, Baralt, Ramos Mattei, Sued Badillo, García, Quintero –y tantos otros que es imposible nombrar aquí– han abierto ventanas imprescindibles por las cuales hemos podido atisbar trocitos del pasado. Han sido, sin proponérselo, nuestros cómplices y colaboradores no sólo en el ansiado remiendo de la memoria rota sino en la reescritura libre y la reinención traviesa de eso que llaman la Historia Oficial.

El proyecto de recuperación del pasado no es nada muy nuevo en la tradición literaria puertorriqueña. Ese síndrome, que podríamos bautizar, por aquello de buscar algún chivo expiatorio, “la maldición de Pedreira“, nos ha perseguido desde los orígenes de las letras criollas y nos sigue jugando bromas de buen y mal gusto hasta el sol de hoy. No obstante, un rasgo esencial parece distinguir el furor historizante de nuestros escritores actuales del de sus predecesores literarios. Y ese rasgo es quizás el de la ironía. Una aguda conciencia del ridículo, que viene del desinflamiento de las pretensiones mesiánicas, de la desconfianza de los discursos enlatados y de la aceptación de la relatividad de toda perspectiva, informa la nueva gestión narrativa. En lugar de pretender establecer la versión absoluta y definitiva de nuestras realidades pasadas y presentes, tarea didáctica ya un tanto anacrónica, la vocación historiadora del escritor se recicla en una deliberada coqueteería con lo ficticio, con lo mítico, con lo subjetivo, con lo pecaminosamente personal. Pienso, por ejemplo, en las novelas y crónicas de Edgardo Rodríguez Juliá, en las parodias históricas de Manuel Ramos Otero, en las exploraciones urbanas de Juan Antonio Ramos, en los testimonios novelados de Rosario Ferré y Magali García Ramis. Ramos Otero ha formulado muy incisivamente esta paradoja de lo épico y lo íntimo en su ensayo “Texto y pretexto de la autobiografía”: “Yo estoy entre la ficción y la historia”, dice el autor de *Página en blanco y staccato*, “no estoy fuera de ninguna de las dos sino entre ambas y todo lo que he escrito, todo lo que escribo es un intento de atrapar irónicamente la voz de mi liberación.” Y es precisamente de su posición intermedia en ese peligroso *ménage à trois* con la ficción y la historia, es precisamente desde una sensibilidad marcada por esa tensión explosiva entre lo real y lo imaginario, que deriva su energía creadora el escritor.

Aparente contradicción que amenaza con transformar, como bien ha señalado Sylvia Álvarez Curbelo, la pasión de historia en historicidio.

Escribir podría ser, entonces, ese intento de armar el rompecabezas de la historia, no en los archivos ni en las estadísticas, sino desde la propia biografía del escribiente, a través de los dramas vividos y los cuentos escuchados, en las memorias soñolientas que despiertan las voces y los objetos, en las imágenes del tiempo que cargan sin saberlo las palabras, en los baúles rebosantes de obsesiones de nuestra propia fabulación. Si en el proceso de historiarse a sí mismo se pesca a ciegas alguna verdad objetiva; si, por alguna juguetona casualidad, en los trazos del cuento o los pliegos de la novela se cuele también un pedazo de la época; si inclusive otros llegan a reclamar para sí ese berenjenal rescatado del olvido que encuadra el texto literario, es precisamente porque ni la ficción ni la historia son objetos ajenos a nuestra ordinaria cotidianidad. Estamos, como dice Ramos Otero, pinchados entre las dos. Por eso, la historia que deseamos, que soñamos, que inventamos y falsificamos los escritores puede, de alguna extraña manera, colmar las expectativas de un público tan sediento de epopeya como privado de referencias historiográficas concretas. La literatura se convierte así en la interlocutora privilegiada de ese diálogo de sordos que establece el lector ávido de milagros con su propia “verdad”.

Habiendo esbozado muy rápidamente unas ideas en torno al proyecto historizante –y a menudo historicida– de nuestra narrativa más reciente, quisiera desplazarme ahora del polo del escritor al del lector. ¿Cómo se reciben estos textos que cabalgan entre la historia y la ficción? ¿Cómo inciden sobre la conciencia del que los consume?

Para poder abordar el peliagudo asunto, voy a tener que zambullirme en el testimonio y hacer referencia a un libro que publiqué hace dos años, cuyo título tiene algo que ver con todo lo que he estado diciendo aquí: *Falsas crónicas del sur*. Siempre he pensado que es imposible teorizar convincentemente sobre la propia obra. Además, me parece mucho más divertido contar cuentos que dar opiniones. Razones ambas por las cuales voy a endilgarles ahora dos breves anécdotas.

La primera se remonta al momento de la creación de las *Falsas crónicas del sur*. La segunda, al de la recepción de la obra por el público lector. Aquí van.

Cuando comenzó a darme vueltas en la cabeza la idea de escribir un libro ambientado en el espacio geográfico, histórico y legendario del sur puertorriqueño, quise acercarme al proyecto con toda la seriedad de una “investigadora profesional”. Leí innumerables libros y artículos en torno al tema, establecí contacto con especialistas de varias disciplinas, entrevisté a montones de personas, hice incontables viajes en carros públicos, visité cementerios, ruinas de haciendas, villas de pescadores, plazas de pueblos, en fin, hice todo lo posible por empaparme de la vida y pasión de la región protagonista de mi libro. Y todo eso, por supuesto, me proveyó el telón de fondo necesario para darles alguna credibilidad a los relatos. No obstante, mientras más adelantaba en el proceso, más sentía la presión que ejercía sobre mi imaginación el peso de la realidad histórica y más me veía tentada a alejarme de los datos, a rebelarme contra la tiranía aplastante de lo estrictamente documental. El perfume embriagador de la novela romántica, los aires salitrosos del relato marinero, la picardía de la sátira de costumbres me halaban irresistiblemente hacia el *twilight zone* de lo literario, me susurraban al oído irresistibles incitaciones a la desobediencia civil.

El conflicto se agravaba cada vez más ante el hecho inescapable de que yo estaba trabajando con personajes históricos que tenían nombre y apellido, que habían vivido y padecido en carne y hueso, y que podían, si me dejaba tentar por los demonios de la literatura, revolcarse en sus tumbas y echarme un póstumo fufú. Amén de que sus descendientes y herederos podían llevar a cabo una venganza mucho más concreta y terrible que la de los muertos.

Un tercer elemento acabó de complicar las cosas: el familiar. Siendo Arroyo el pueblo natal de mi madre, cualquier versión de la historia que yo intentara plasmar en la página tendría que pasar por la censura implacable de la familia. Eso me obligó a curarme en salud infiltrando el adjetivo “falsas”, de gratas resonancias palesianas, en el título del libro. Sólo así pude proteger mi amenazado pellejo y mantener alguna (no mucha) cordura. Pero confieso que allá, encerrada en una

cabaña de la playa de Punta Santiago y atormentada por las tres cabezas del monstruo (la historia, la literatura y la autobiografía), por poco me rajo del proyecto y me dedico a pescar cocolías en el muelle viejo de Humacao.

En Arroyo, la yerbatera oficial de la familia me preparó un baño de plantas muy eficaz y, tras una sesión espiritista en la que pude entrevistarme con algunos de los muertos profanados para obtener su perdón y hasta su complicidad, seguí pujando resueltamente y terminé por dar a luz. Pienso que esa especie de estado de sitio mental que experimenté a través de todos aquellos meses tuvo efectos muy curiosos sobre los textos. Produjo, por ejemplo, ciertos silencios que, colados a traición entre las palabras, desembocan sigilosamente en la ambigüedad, cosa muy patente en “El baúl de Miss Florence”, el primer relato de la colección. Todo lo que no se dice, todo lo que se deja a merced de la imaginación, el extraño pudor que encierra un relato de posibilidades tan truculentas, tiene de seguro su origen en la presencia de una autocensura que intentaba desesperadamente mantener a raya tanto el control dictatorial de la historia como los excesos de la pasión literaria. Escribir con las manos atadas fue una experiencia a la vez difícilísima y masoquistamente placentera. El posible encanto, si alguno, de ese texto está ligado sin duda a la discreción que me impuso aquel mudo, pero no menos violento, combate cuerpo a cuerpo entre lo ficticio y lo documental.

Aquí viene ahora la segunda anécdota, en la que se cuenta la revancha inesperada de la autora sobre la referida tiranía de la historia –con la sorpresiva colaboración del lector.

Una de las mayores satisfacciones que tuve al publicar el libro fue la entusiasta recepción de la que fue objeto por parte del público en general pero, muy en particular, por parte de los habitantes de la costa sur. Fui invitada a presentarlo en Ponce, Guayama y Arroyo. A las presentaciones acudieron personas de todas las procedencias y ocupaciones a todo lo largo del litoral caribeño. La gente de Arroyo estaba encantada, infladísima de orgullo municipal. Gracias por ponernos en el mapa de la Isla, me dijo alguien con esa conmovedora ansia de vedetismo que viven tan intensamente los pueblos pequeños. Por aquello de no decepcionar a mis lectores regionalistas, me

reservé diplomáticamente el hecho de haber nacido en la losa santurcina y andaba muy oronda para arriba y para abajo con mi flamante pasaporte sureño.

Pero lo que no me esperaba en absoluto fue la animada discusión que generó el libro en términos de una revisión de la historia local. Y voy a darles un ejemplo elocuente. Samuel Morse, el inventor del telégrafo, quien visitó a su hija Susan en el pueblo de Arroyo en 1858, era, hasta la publicación de las *Falsas crónicas del sur*, el incontestable superhéroe arroyano. En la opinión de muchos, si Arroyo existía era porque el sabio americano no sólo había pisado sus costas y reconocido su existencia sino introducido en su seno el telégrafo, instrumento clave de la modernidad decimonónica. De hecho, la calle principal de Arroyo, antes bautizada Isabel Segunda, lleva hasta el sol de hoy, en señal de gratitud eterna, el insigne nombre de Mr. Morse. “El baúl de Miss Florence”, relato al que acabo de aludir, enfoca muy directamente la ideología esclavista y anti-abolicionista del ilustre inventor y su familia. El relato le echa sal y vinagre a la llaga, insistiendo bastante sobre las fechorías del yerno de Morse, Edward Lind, en la famosa y muy opulenta Hacienda Enriqueta, antaño localizada en la carretera de Arroyo a Patillas. Algunos lectores de Arroyo, que es un pueblo de fuertísima presencia negra, al enterarse de que el venerado prócer era nada menos que un racista negro de siete suelas, pusieron el grito en el cielo. De inmediato surgieron propuestas para bajar del trono a don Sami y poner en su lugar a algún héroe arroyano. El mulato Nicasio Ledée, líder de la sociedad secreta “La Torre del Viejo”, a cuya gloria había dedicado yo otro de los cuentos del libro, lucía como un candidato potable.

Mientras tanto, al grupo creciente de los detractores de Morse se oponía el de sus defensores, quienes quemaban incienso ante su busto y desconfiaban abiertamente de la veracidad de mis fuentes. Estos últimos no tardaron en atravesar con clavos mohosos el corazón de una muñeca negra, confeccionada a mi imagen y semejanza, en castigo por aquel atentado terrorista contra la historia oficial arroyana. Me informan mis contactos clandestinos en “Pueblo ingrato” que la guerra civil no ha terminado. Y eso que en mi relato, aparte de embellecer con algo de romance los sucesos históricos, fui ex-

tremadamente cautelosa y no dije ni la mitad de lo que había para espedir en torno a las andadas de la familia Lind-Morse durante su estadía de cuarenta años en Arroyo. Tremendo destape de cucarachero histórico del que no me salvaron aquellos largos meses de estrés y autocensura.

Pero hay más. Los arroyanos quisieron demostrarme su cariño nombrándome Gran Mariscal de su carnaval, dicho sea de paso, uno de los más sabrosos y concurridos del país. Acepté con muchísimo gusto y hacia allá me dirigí un domingo de febrero para cumplir con la agradable misión. Aquello fue un recibimiento digno de Dayanara. En una calesa ponceña tirada por brioso y empenachado caballo, y con una cinta de terciopelo negro y encaje dorado atravesándome el pecho, tuve que recorrer la calle principal, la del recién desprestigiado Samuel Morse, repartiendo saludos y sonrisas desde Cuatro Calles hasta el templete situado frente a la alcaldía. Ese día pagué todas mis culpas porque el desfile duró más de tres horas bajo aquel candente e inmisericorde sol del sur.

La calesa tenía que detenerse a cada rato, cosa de darle tiempo a las comparsas que llegaban tarde para que pudieran integrarse a la fila infinita de carrozas que nos seguía. En una parada que hicimos justo antes del puente sobre el río Yaurel, se me acercó de repente una señora para decirme que había leído el libro y que su abuela había vivido en los predios de la mismísima Hacienda Enriqueta de mi cuento en tiempos de Samuel Morse. Yo, que nunca dejo pasar la oportunidad de averiguar algún chisme inédito, le pregunté en seguida si por casualidad su abuela le había descrito la majestuosa casa mayor de la hacienda, de la que nunca en mis investigaciones había logrado yo encontrar una foto. Sí, cómo no, contestó. ¿Y cómo era?, volví a preguntar con la curiosidad saliéndome por los poros. Entonces, ella me aprieta la mano y se le humedecen los ojos de la emoción: ¡Pues igualita como usted la pintó! La calesa siguió su rumbo, poniéndole punto final a la conversación. Y la Gran Mariscal quedó debidamente pasmada ante las perturbadoras implicaciones de aquella respuesta.

Señores, los he cansado con estos cuentos sólo para poder terminar mi monólogo con las siguientes interrogantes perversas: ¿Dónde empieza la literatura y termina la historia?

¿Cómo es que, con todo y el autoincriminante título de *Falsas crónicas*, un texto literario puede, sin proponérselo y hasta a pesar suyo, rellenar alguna que otra laguna del ayer? ¿Será que, pese a la ironía y al escepticismo generacionales, nos sigue persiguiendo “la maldición de Pedreira”? ¿Será que, como le gustaba recordar a Manuel Ramos Otero, un escritor es un embustero que, al mentir, a veces suelta sin saberlo una verdad? ¿O será que en el país hay cada día más y más hijos que descubren, como lo hicimos nosotros después de viejos, que eran adoptados?

Manuscrito recibido: 29 de octubre de 2012

Manuscrito aceptado: 9 de noviembre de 2012